

15862

Nov 2/74

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

CON V
Y CON S,

JUQUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

1470

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1874.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1901

Y. C. 1103

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

Y. C. 1103

1901

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

99-6 247-6545

Reg. no. 1203 de Lib. 23.

CON V Y CON S.

JUGUETE CÓMICO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

Estronado con aplauso en el Teatro MARTIN el 29 de Setiembre
de 1874.

Toré Rodriguez

El autor se refiere al momento de redacción de las conclusiones de la Administración Litio-Transmisión de D. EDUARDO HIDALGO, con los exclamatorios encargados del resto de los detalles de experimentación y de la verificación de los resultados.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.---CALVARIO, 18
1874.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA RAMONA...	SRA. D. ^a CONCEPCION SOLÍS.
INÉS.....	SRA. D. ^a ELADIA GARCÍA.
EMILIO.....	D. JOSÉ BARTA.
DON BRUNO.....	D. IGNACIO R. CÁMARA.
DON MIGUEL.....	D. EDUARDO FRAILE.

La escena en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de D. Eduardo Hidalgo, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala amueblada modestamente; velador á la derecha; puerta al foro; ídem laterales.

ESCENA PRIMERA.

EMILIO.

¡Pavorosa situación
á la que no encuentro término,
y cuyo fin ni aun perdido,
en mis horizontes veo!
Cesante y enamorado
llego á fines del invierno
con la ropa del verano
en una casa de empeño:
y la patrona me pide,
ó me despide, y preveo
una hecatombe terrible
y un epílogo sangriento.
Si el suicidio, que es pecado
que no se absuelve en el cielo,
no fuera de sí tan grave,
tan espeluznante, creo
que en una de estas mañanas
en que nos convida el cielo

á tomar... ¡Tomar he dicho?
 ¡Oh, qué magnífico verbo,
 si se le agrega un bisteak,
 y unas costillas de cerdo...
 Estoy divagando, y huyo
 de mi primer pensamiento.
 Iré al Parque, de gaban,
 de Madrid, el gaban puesto,
 llegaré al estanque célebre
 de las campanillas, luego
 tomaré el último baño
 con pantalones de invierno,
 y despues... La Competente
 dará cuenta del siniestro
 diciendo: «ayer se ha extraído
 un jóven guapo, moreno,
 con gaban color ceniza
 y botinas de becerro,
 del estanque chino; dicen
 que el amor, y otros excesos,
 al infeliz impulsaron
 á un extremo, tan extremo:
 no se le hallaron papeles,
 ni petaca, ni dinero.»
 ¡Y despues nada, el olvido,
 la dulce paz de los muertos!

ESCENA II.

DICHO y DOÑA RAMONA.

RAM. ¡Está usted filosofando
 mientras que llega el almuerzo?
 EMILIO. ¡El almuerzo! ¡Hoy almorzamos?
 RAM. Sí señor.
 EMILIO. Casi no acierto.
 ¿Y qué almorzamos?
 RAM. Chuletas.
 EMILIO. ¡Será verdad!
 RAM. De carnero.
 EMILIO. ¿De carnero?
 RAM. Con patatas!

- EMILIO. Con patatas! ¿No es un sueño?
RAM. Con patatas, sí señor.
EMILIO. ¡Oh farinácea...
RAM. Y primero
tomará usted una súpita
de galgo!
- EMILIO. ¡Sopas de perro?
RAM. Ó si las prefiere usted
con huevos...
EMILIO. Sí, sí, con huevos.
RAM. He subido una botella
de Valdepeñas.
- EMILIO. ¡Soberbio!
RAM. Y queso Gruyer.
EMILIO. Señora...
RAM. Y café.
EMILIO. ¿Qué estoy oyendo!
¿Pero usted se ha vuelto loca;
le ha tocado á usted el premio
grande? ¿Quiere usted morirse?
Se casa usted?
- RAM. Caballero...
EMILIO. Ó es que han llovido esta noche,
mientras yo estuve durmiendo,
monedas de cinco duros,
en la bohardilla?
- RAM. No es eso...
Don Emilio, hay novedades...
EMILIO. Patrona, me está usted haciendo
La huérfana de Bruselas...
RAM. ¿La chica del entresuelo?
No es huérfana; tiene un padre
militar, muy buen sujeto.
EMILIO. No es esa.
RAM. ¿La del segundo?
¿La que vive con su abuelo?
Tiene la familia en Ronda,
y su madre, según creo,
es propietaria, y presumo...
EMILIO. Lo que yo estoy presumiendo
que usted no ha entendido...
RAM. ¿Quién!

Lo que es á lista... El almuerzo.

EMILIO. Voy al punto. Y esta tarde
RAM. qué principio... porque eso,
á gusto de usted.

EMILIO. Corrientemente
(Maldito si yo comprendo...)
Ponga usted... una perdiz.

RAM. Y vinos?

EMILIO. ¿Vinos!

RAM. Burdeos
y Valdepeñas, eh?

EMILIO. Bien.
Esto me parece un sueño.
¿Y diga usted, esa cuenta
la paga...

RAM. Eso es un misterio.

EMILIO. Que yo quisiera...

RAM. Imposible!

EMILIO. Doña Ramona.

RAM. No puedo.

EMILIO. ¿Usted callarse una cosa?

RAM. Cuando hay interés!

EMILIO. No entiendo
ni insisto, pero...

RAM. Es forzoso
tener paciencia, y el tiempo
quizás aclararle pueda
de mi conducta el misterio.
Hasta despues, don Emilio. (Medio mutis.)

EMILIO. Abur.

RAM. Ahora que recuerdo,
Don Bruno Torrelodones,
el del principal del centro,
el papá de esa rubita,
doña Clotilde.

EMILIO. Ya entiendo.

RAM. Con la que el año pasado.

EMILIO. ¿Si estoy enterado de eso!

RAM. Anduvo usted...

EMILIO. Bien, al grano.

RAM. De cartas y mosconeos...

me ha entregado para usted esta tarjeta. (Dándosela.)

EMILIO. ¡Qué es esto?

(Leyendo.) «Á don Emilio Zurita, B. L. M. su atento Bruno de Torrelodones, y tendrá un placer inmenso en hacerle una visita hoy mismo.»

RAM. Ese caballero

debe quererle á usted mucho!

EMILIO. Mucho, mucho; ya lo creo; (y me despidió á empellones el año pasado.)

RAM. Luego

subirá, según me ha dicho, á verle á usted.

EMILIO. Lo celebrará

RAM. Y ahora corro á la cocina

EMILIO. Y active usted el almuerzo.

RAM. Volando. (Vase.)

EMILIO. ¡Don Bruno aquí... qué demonio será esto?... Burdeos y Valdepeñas y queso Gruyer?... qué queso querrán darme aquí?... paciencia, y esperemos los sucesos!

ESCENA III.

EMILIO, D. MIGUEL.

MIGUEL. Muy buenos, vecino!

EMILIO. Hola!

don Miguel... ¿usted en mi casa?

MIGUEL. Usted tan guapo!

EMILIO. Es favor.

MIGUEL. Tan simpático...

EMILIO. (¡Me halaga!)

MIGUEL. No sabe usted, amigo mío, cuánto el tratarle me agrada.

EMILIO. Don Miguel...

MIGUEL. Un chico listo, al em-
pundonoroso.

EMILIO. (Ya escampa!)

MIGUEL. Juicioso, ingenioso.

EMILIO. Pero...

MIGUEL. La juventud casquivana,
pretenciosa, necia, estúpida,
me carga, amigo, me carga;
pero el día en que por suerte
tropiezo con una alhaja
como usted, el rara-avis,
el fenómeno.

EMILIO. (¡Esto es guasa?...)

MIGUEL. Le doy á estrechar mi mano.
choque usted! (Alargándole la mano.)

EMILIO. ¡Con vida y alma!

MIGUEL. Cuente usted con un amigo,
y las puertas de mi casa
para usted á todas horas.

EMILIO. (¡Ah, el queso!)

MIGUEL. Se encuentran francas.

EMILIO. Muchas gracias, don Miguel.

MIGUEL. Eso no vale.

EMILIO. Mil gracias;
pero usted dispensará
si estas protestas me extrañan
después de haber desahuciado
mis amorosas instancias
cerca de su hermosa hija
hace un año.

MIGUEL. (¡Lo esperaba!)

Emilio... las controversias...
á veces las circunstancias...
la fuerza de la opinion

que contra usted se alzó airada.

EMILIO. ¿Contra mí!

MIGUEL. Justo. Don Bruno,

que es mi amigo de la infancia,
el señor Torrelodones,
el padre de esa muchacha,
de Clotildita, á la cual
usted declaró sus ansias.

EMILIO. Permita usted...

MIGUEL. Á la niña...
creo que usted no disgustaba,
pero el papá...

EMILIO. Sí, don Bruno
se opuso.

MIGUEL. Y vino á mi casa
diciendo de usted...

EMILIO. ¡Qué dijo!

MIGUEL. Atrocidades.

EMILIO. Me extraña
que el señor Torreldones...

MIGUEL. Que era usted un papanatas,
un chico sin porvenir,
un tontín, un mala facha,
un escribientucho...

EMILIO. Dijo...

MIGUEL. Que sirviendo en estancadas,
estancado quedaría
para *in eternum*.

EMILIO. ¡Qué audacia!

MIGUEL. Por todas estas razones,
cuando usted pretendió á Laura,
me opuse con tal rigor
á su pasión.

EMILIO. Y hoy la causa
no adivino.

MIGUEL. Los informes
que hoy tengo de usted...

EMILIO. Mil gracias.

Pero usted acaso ignora
que hace catorce semanas
que estoy cesante... ¡Cesante!

MIGUEL. No señor, no lo ignoraba,
y buena prueba de ello
ha sido la confianza
que me he tomado, y dispense
esta trasgresion, en gracia
de nuestra buena amistad.

EMILIO. Tanta bondad...

MIGUEL. Nada, nada,
es justa reparacion.

EMILIO. Don Miguel... usted me aplasta,
me confunde...

MIGUEL. Usted tenía
ciertas cuentas atrasadas.

EMILIO. Supo usted...

MIGUEL. Doña Ramona
es una cotorra, y charla...

EMILIO. De más.

MIGUEL. Permítame usted,
es patrona, y eso basta.

He recogido estas cuentas,
(Dándole unos papeles.)
las que le entrego pagadas,
como un préstamo...

EMILIO. No debo...

MIGUEL. Sin interés...

EMILIO. ¿Mas qué causa...

MIGUEL. Dos del sastre...

EMILIO. Don Miguel...

MIGUEL. Dos del zapatero...

EMILIO. Tanta
bondad...

MIGUEL. Y estas friolerillas
que dejo á usted solventadas.

EMILIO. Yo no debo permitir
de ningún modo...

MIGUEL. Cachaza;
yo veré á doña Ramona,
y el pupilaje...

EMILIO. (¡Qué extraña
protección!) Mas yo quisiera...
le haré á usted un recibo.

MIGUEL. Nada;
pues no faltaba otra cosa.
¡Entre nosotros... Caramba!

EMILIO. Señor don Miguel...

MIGUEL. Yo espero
que venga usted á honrar mi casa
y que cuente con un padre
para todo.

EMILIO. Muchas gracias.

MIGUEL. Hasta luego; le esperamos.

EMILIO. No faltaré.
MIGUEL. (¡No se escapa!)
Hasta despues. (Yéndose.)
EMILIO. Hasta luégo.
¡Pues señor, estoy en babia!

ESCENA IV.

DICHO y DOÑA RAMONA.

RAM. La sopa con huevos! (Trayendo el almuerzo.)
EMILIO. ¿Eh!
RAM. El almuerzo!
EMILIO. (Esta tarasca
debe saber...) Oiga usted.
RAM. Es que tengo las patatas
en la sarten.
EMILIO. ¡Que se tuesten!
RAM. Pero es que...
EMILIO. ¡Son dos palabras!
(La coge de una mano y la baja al proscenio.)
Don Miguel, el que ahora sale,
es sin duda el que la paga
mis atrasos?
RAM. No señor!
EMILIO. Oiga usted; el que la manda
que me ponga usted principio
y Burdeos, el que trata...
RAM. Le juro á usted, don Emilio...
EMILIO. Doña Ramona, me cansa
tal negar, y le prometo
que va á salirle á usted cara...
RAM. ¡Oiga! me amenaza usted?
EMILIO. Y haré más que amenazarla!
qué edad tiene usted...
RAM. Cincuenta
voy á cumplir por la Pascua
Florida; pero no...
EMILIO. ¿Y de qué
quiere usted morir?
RAM. ¡Caramba...
Yo, de sobreparto!

EMILIO. ¡Atiza!

¡Pues no ha pedido usted nada!

(Se sienta á almorzar.)

Va usted á cantar lo que sepa

ó me marchó de esta casa.

RAM. Yo? el Gerineldo.

EMILIO. ¡Patrona!

la verdad.

RAM. Si usted me guarda

el secreto...

EMILIO. Por guardado.

Don Miguel le ha dicho...

RAM. Nada!

¡Si no es él!

EMILIO. No es don Miguel?

RAM. No señor.

EMILIO. ¡Voto á...

RAM. Cachaza;

es otro vecino.

EMILIO. ¡Otro!

pero esto es ya una plaga!

RAM. Don Bruno Torrelozones.

EMILIO. ¡Torrelozones? Ya escampa!

¿Conque don Bruno...

RAM. Ha subido

muy temprano esta mañana;

me dió un quinientos, y dijo:

«el gastó que desde hoy haga

don Emilio, es de mi cuenta,

y la que tenga atrasada

se presenta usted esta noche

para cobrarla en mi casa.

Exijo de usted el secreto

más absoluto, y si calla

y me sirve bien, la ofrezco

regalarle.»

EMILIO. ¡Estoy en bahía!

RAM. «Un mantón...»

EMILIO. ¿Conque un mantón?

RAM. Sí, señor. Son sus palabras.

EMILIO. Y usted no sospecha el móvil,

el interés ó la causa.

RAM. ¡Phess!... donde ménos se piensa...

EMILIO. Hable usted.

RAM. La liebre ¡salta!

EMILIO. Y usted opina que la liebre?...

RAM. Que la liebre es la muchacha!

EMILIO. ¡Zape!

RAM. ¡Qué?

EMILIO. Que yo me escamo.

Sabe usted que hay fondas malas
que sirven gato por liebre,
y hay viñas que tienen maca.

RAM. Eso es una apreciación.

EMILIO. Sírvame usted la ensalada,
yo averiguaré...

RAM. Corriente!

(D. Bruno aparece en la puerta del foro; Ramona
reparando en él al salir.)

¡El señor don Bruno?

BRUNO. El mismo.

EMILIO. (Levantándose.) Pase usted... (Yo la charada
descifraré.)

BRUNO. (Entra.) Con permiso...

EMILIO. ¡Usted á la cocina! (A Doña Ramona.)

RAM. (Yéndose.) ¡Vaya!

ESCENA V.

D. EMILIO y D. BRUNO.

EMILIO. (De encontradas emociones
soy presa en este momento...)

Pero tome usted asiento,
señor de Torrelodones.

BRUNO. (Golpeándole familiarmente y muy jovial.)

¡Caramba y qué gordo está!

EMILIO. (Mal mi furor se contiene!)

BRUNO. Y qué buen aspecto tiene...

y qué tal, y cómo va?

EMILIO. Bien, gracias!

BRUNO. ¡Perfectamente!

¡Incomparable Zurita!

EMILIO. (No me hace gracia malditas sus...

este viejo impertinente!)
Tan excesiva bondad
me extraña y me...
BRUNO. Por mi vida...
usted por lo visto olvida
nuestra amistad.
EMILIO. Amistad? (¿?)
Mal ese afecto concilia.
BRUNO. Amistad franca y sincera.
qué olvidadizo!
EMILIO. Yo era...
BRUNO. Ya casi de la familia.
Recelos, que eran injustos,
y unos informes horribles,
nuestras horas bonancibles
trocaron pronto en disgustos;
mas de aquellas amarguras
roto el fúnebre capuz,
se hizo al fin luz, mucha luz.
EMILIO. ¿Sí, eh? (Pues yo estoy á oscuras!)
BRUNO. Despues, mejor informado...
EMILIO. Ha sabido usted despues?...
BRUNO. Que usted, don Emilio, es
un excelente empleado,
un chico guapo y formal,
un cumplido caballero,
un bravo mozo...
EMILIO. Sí; pero...
BRUNO. No hay pero.
EMILIO. ¿Sin un real!
Perdone usted la franqueza;
pero es la fatalidad...
BRUNO. ¿Pues qué... la felicidad...
es acaso la riqueza?
El honor...
EMILIO. Sí.
BRUNO. La honradez...
EMILIO. Mas...
BRUNO. La virtud... el talento...
EMILIO. Sin embargo...
BRUNO. El sentimiento,
no son acaso la prez

- de ese noble corazon?
- EMILIO. Pero en el mundo sin oron...
- BRUNO. Jóven... ¡no hay mejor tesoro
que la propia estimacion!
El lujo y sus pompas vanas
son de la tierra la escoria!
No hay nada como la gloria.
- EMILIO. En un cuarto sin ventanas!
- BRUNO. La vida tiene su eden
en todas sus gerarquías;
las modestas medianías
tienen sus goces tambien!
- EMILIO. Mas no es la felicidad
andar con estos tacones,
y tener los pantalones
en el Monte de Piedad!
Ni vivir en la bohardilla
á despecho del casero,
soñar con el panadero
y atracarse de cordilla!
- BRUNO. ¡Quién no pasó malos ratos?
¡Quién no ha llorado en la cuna!
- EMILIO. ¡Pero quién se ayuda
con el manjar de los gatos!
- BRUNO. Resignacion.
- EMILIO. No hay paciencia
que aguante...
- BRUNO. Sí; ya lo sé;
mas quién sabe lo que á usted
reserva la Providencia
en su recóndito arcano!
Á veces el hombre medra
sin pensar...
- EMILIO. (Tira la piedra,
pero se le ve la mano!)
- BRUNO. El bien que aparece tardo,
se manifiesta en un brete;
ya un matrimonio...
- EMILIO. Ó un billete
de los Asilos del Pardo!
- BRUNO. Para despertar del ócio
forzoso en que aquí se ve,

- vengo á proponerle á usted
un magnífico negocio.
- EMILIO. ¿Un negocio?...
- BRUNO. Que yo espero
que usted aceptará gustoso.
- EMILIO. Segun... mas hoy es forzoso
suspender... un caballero
me espera y...
- BRUNO. (Si será él?)
Usted es muy dueño... y por mí...
- EMILIO. Pues con su permiso...
- BRUNO. Si...
- Vaya usted... (¡Es don Miguel!)
- EMILIO. (¡Y no se va!) Esa persona
que aguarda...
- BRUNO. Vístase usted.
- EMILIO. Siento...
- BRUNO. Yo aquí esperaré;
he de hablar con su patrona.
- EMILIO. Será usted acaso?...
- BRUNO. A vestirse...
- EMILIO. Pero es que hay ciertas bondades...
- BRUNO. (Empujándole suavemente.)
Vístase usted... hay novedades...
- EMILIO. (Entrando.) ¡No hay medio de resistirse!

ESCENA VI.

D. BRUNO, á poco D. MIGUEL.

- BRUNO. Sin duda don Miguel sabe
el secreto, cuando trata
de ingerir en los asuntos
de Emilio; me pondré en guardia...
- MIGUEL. ¡Don Bruno!... (Entrando por el foro.)
- BRUNO. ¡No digo!
- MIGUEL. ¿Qué?
- BRUNO. ¿Usted aquí!
- MIGUEL. De qué se extraña?
- BRUNO. Extrañarme? ¡No señor!
(¿Sabrá ya?...) (Si yo indagará!...)
- MIGUEL.

- BRUNO. Conque reanuda usted hoy?
- MIGUEL. El qué?... La amistad pasada.
- BRUNO. ¿Con quién? (Hagámos el tonto.)
- MIGUEL. (Disimulemos.) Pensaba...
- BRUNO. El qué...
- MIGUEL. Digo yo... Supongo...
el hallarle en esta casa...
- BRUNO. ¡Ah!... pues nó... (Sospecha.) El caso
es extraordinario.
- MIGUEL. ¡Vaya!
- BRUNO. Á veces besa uno manos...
- MIGUEL. Es verdad. (Me pondré en guardia!)
- BRUNO. Si usted supiese...
- MIGUEL. Supongo...
- BRUNO. Con qué dolor de mi alma
visito al tal don Emilio;
yo le pongo buena cara,
pero en el fondo...
- MIGUEL. En el fondo...
- BRUNO. Obligan las circunstancias...
- MIGUEL. Ya lo creo. (Está enterado!)
- BRUNO. (Lo sabe también: audacia.)
Pero esto durará poco.
- MIGUEL. Yo sé que usted opinaba
muy mal de ese chico.
- BRUNO. Sí.
- MIGUEL. ¿Y ha variado usted?
- BRUNO. En nada.
Es jugador, calavera,
holgazan, tonto...
- MIGUEL. (¡Ya escampa!)
Desgraciada la mujer
que á él se uniera.
- BRUNO. ¡Desgraciada!
qué porvenir...
- MIGUEL. ¿Y qué vida!
- BRUNO. ¡Pobrecilla!
- MIGUEL. (¡No me engañas!)
- BRUNO. Qué disgustos la daría!
- MIGUEL. ¡Infeliz; sería su esclava!
- BRUNO. (Si yo le pesco por yernó!)

MIGUEL. (Si por yerno le pescára!)
 BRUNO. Y ahora recuerdo que él tuvo
 con Clarita...
 MIGUEL. Muchachadas.
 Me la pidió para esposa
 y le envié en hora mala!
 Gracias á usted... sus informes,
 sus noticias... muchas gracias,
 no olvido nunca un favor
 tan señalado.
 BRUNO. (Me aplasta.)
 MIGUEL. Y usted también me indicó
 que á su Glotilde...
 BRUNO. Rondaba
 también.
 MIGUEL. Y ella?
 BRUNO. Hombre, ella,
 pchsss... lo que es la muchacha,
 tenía sus simpatías.
 MIGUEL. Pues Clarita le adoraba.
 BRUNO. ¡Hombre! ¿Qué me cuenta usted?
 MIGUEL. La verdad.
 BRUNO. Quién lo pensára.
 ¿De modo, que si hoy Emilio
 pretendiera unirse á Clara...
 usted haría...
 MIGUEL. ¿Yo... lo mismo
 que hiciera usted!
 BRUNO. (Ya se escama!)
 Hoy por hoy, no creo que es fácil.
 MIGUEL. Pero usted...
 BRUNO. Se la negára
 rotundamente!
 MIGUEL. Está claro;
 yo también... pues no faltaba
 otra cosa.
 BRUNO. Un perdulario.
 MIGUEL. Un cesante.
 BRUNO. Con más trampas...
 MIGUEL. Vaya un tipo.
 BRUNO. Vaya un ente.
 MIGUEL. Me apesta, y á usted?

BRUNO. Me carga.
MIGUEL. Tiene un feo muy subido.
BRUNO. Sí, señor.
MIGUEL. Y una mirada.
BRUNO. Y aquellas narices!
MIGUEL. ¡Oh!
BRUNO. Tan desvergonzado!
MIGUEL. ¡Vaya!
BRUNO. Y tan insolente...
MIGUEL. ¡Cierto!
BRUNO. Es un mal bicho!
MIGUEL. Un canalla!

(Aparece Emilio por la izquierda vestido de calle:
D. Miguel y D. Bruno corren á su encuentro, y se
apoderan cada uno de una mano de Emilio con la
mayor efusion.)

ESCENA VII.

DICHOS y EMILIO.

EMILIO. Señores...
MIGUEL. ¡Amigo mío!
BRUNO. Don Emilio de mi alma!
(Bajan los tres al próscenio.)
EMILIO. Señores, yo siento mucho...
su presencia me es muy grata,
pero me esperan.
BRUNO. Andando.
MIGUEL. Pase usted, pues no faltaba.
(Acompañándole al foro.)
BRUNO. Volveremos.
MIGUEL. Eso es.
EMILIO. Cuando gusten. (Aquí hay trampa!)
(Váanse todos.)

ESCENA VIII.

DOÑA RAMONA.

(Aparece por la derecha al mismo tiempo.)
¡Se lo llevan! ¡Oiga usted!

Señorito... ya se ve
que no es un vano capricho
lo que aquí pasa... lo dicho,
aquí hay algo, y lo sabré!
(Suenan campanillas.)
¿Quién puede llamar ahora?
Quizá don Emilio... (Otra vez.)
Qué prisa... digo... serán...
Otra vez... (Va á abrir y entra seguida de Inés.)
¡Una señora!

ESCENA IX.

DOÑA RAMONA, INÉS.

INES. Por fin llego á este desván!
(Se sienta y se quita la mantilla.)
RAM. ¿Y la mantilla se quita!
¡Vaya una satisfaccion!
INES. Conque diga usted, no habita
un don Emilio Zurita
en este caramanchon!
RAM. ¡Vaya, ya lo ha bautizado!
INES. Quizá pequé de ligera...
RAM. Un cuarto tan ventilado,
con tragaluz al tejado
y un boquete á la escalera!
INES. Pero esto no es lo esencial;
yo vengo á buscar á un hombre...
RAM. Permita usted que me asombre!
INES. Que es un pillo!..
RAM. San Pascual!
INES. Y tiene Emilio por nombre.
Hace dos meses juró
que me haría su mujer.
RAM. Y en su promesa creyó?
INES. Es claro, y vengo á saber
si está bueno ó reventó.
Seis dias há que no he visto
al infame seductor,
y si hoy me niega su amor
verá el tal...

RAM. Por Jesucristo,
modere usted su furor.
INES. Usted no sabe el afán
que el corazón me envenena;
pero si piensa el truhán...
porque yo soy buena, buena
lo mismo que es bueno el pan!
A esperarle decidida
vengo y á hablarle resuelta.
Pues no está,
Vuelvo en seguida.
RAM. Si tarda...
INES. Emilio es mi vida.
RAM. Pero es que...
INES. Daré una vuelta;
hay una pastelería
en la esquina de esta calle;
tomaré algo...
RAM. Hija mía...
INES. Y vuelvo... Adios. (Yéndose.)
RAM. ¡Quién diría!
Y tiene un precioso talle!
La chica parece lista
y algo resuelta también.
Si me armará aquí un belén?
EMILIO. (Entra corriendo y muy azorado por el foro.)
¡Patrona!
RAM. ¡Jesús me asista!

ESCENA X.

DOÑA RAMONA Y EMILIO.

EMILIO. Doña Ramona!
RAM. Dios de Israel!
EMILIO. ¿Dónde me escondo,
dígame usted!
Vengo aturdido;
traigo los piés
hechos pedazos
con tal correr!
RAM. Mas qué le pasa?

EMILIO.

Se lo diré.
Iba á la calle,
poco despues
de las visitas
de don Miguel
y ese don Bruno
de Lucifer,
que Dios confunda
por siempre amen,
y aqui en la sala
los encontré.
«Amigo mio,
¿dónde va usted?»
«Le acompañamos.»
«Esto ha de ser.»
Señores, gracias;
voy solo bien;
tengo una cita,
y es de mujer.
«No importa,» dicen,
ambos tambien,
con la más grande
desfachatez.
Bajo corriendo
como un lebrele
los escalones
de tres en tres,
y ellos me siguen
con rapidez.
Salgo á la calle,
y en un tropel
de vendedoras
me enjarete;
deshago el grupo,
me mezclo en él
por si mis huellas
hago perder,
entre la zambra
de aquel burdel;
tiro á una vieja,
deshago un pie
á uno que vende

sobres, papel, plumas y obleas, así
y echo á correr: cruzo á la calle
de San Andrés; pero en la esquina
me tropecé con el don Bruno
y el don Miguel; y allí me paran,
me soban, me estrujan y dicen,
¡qué avilantez! de entrambas hijas
yo no sé qué me es. Que si la Clara,
que hermosa es, me adora y busca
mi amante fe. Y que la Clotildena
quiere también que un sacerdote,
cual la juré, me una los lazos
de su querer. Y ambos protestan
y desinterés, y ambos me pegan
á la pared. Y usted, ¿cuál ha de ser?
dice don Bruno: «Piénselo bien,
mire que tengo por Aranjuez
unos terrenos que la daré
si ella se casa dentro de un mes.»
Y á esto replicó mi don Miguel:
«Tiene mi Clara»

«Qué ha de tener!»
dice don Bruno,
«Cállese usted»,
contesta el otro
como un Luzbel.
«Clara en la calle
de Lavapiés,
tiene una casa
que edificué
yo por el año
cuarenta y tres
y yo con ella
la dotaré.»
En vano á gritos
hice entender
que protestaba,
cual protesté
de aquel suplicio
rudo y cruel.
Ya sin aliento
les supliqué
un mes de plazo
para poder
pensar la cosa
con madurez;
y me negaron
también el mes.
Y ambos cogidos,
qué estupidez,
de las solapas
de mi chaquet,
no me dejaban
mover un pie.
En tal conflicto
no sé qué hacer;
ambos me acosan,
y «elija usted»
dicen entrambos
lentos de hiel.
De pronto, ¡oh dicha!
vi aparecer
un par de agentes,

sables de ley.
Socorro! á voces
allí grité.
Suelta don Bruno,
quiere correr,
tropieza y cae
con don Miguel;
llegan los guardias,
se arma un belén,
yo salgo á escape,
y aquí llegué
muerto, rendido,
y sin poder
decir, siquiera
téngame usted!

(Se arroja en brazos de Doña Ramona.)

RAM. Pobre don Emilio!

EMILIO. Bárbaros!

RAM. No ha sido flojo el belén!

EMILIO. Si vienen, no estoy en casa,
y devuélvala usted
cuantos adelantos tan
hechos por mí.

RAM. Está muy bien!

EMILIO. Yo voy á acostarme.

RAM. Bueno.

Ah!... en ausencia de usted
ha venido una señora...

EMILIO. Una señora? Es Inés.

RAM. Así, muy lista.

EMILIO. ¡Muy lista?

Pues entónces ella es.

Despiérteme usted si vuelve,

es mi cariño.

RAM. Lo haré.

Menudo tole ha traído.

¿Pero qué querrán hacer

con mi huesped los vecinos?

¡Que Dios los confunda, amen! (Campanilla.)

Han llamado. Quién será?

Quizá la niña otra vez!

ESCENA XI.

DOÑA RAMONA y D. MIGUEL, que entra á escape. En seguida entra D. BRUNO.

MIGUEL. Señora doña Ramona...

RAM. ¿Qué quiere usted, buen señor?

BRUNO. (Que entra como entró D. Miguel.)

Hágame usted el favor!

(Cogiendo de un brazo á Doña Ramona.)

MIGUEL. (Cogiéndola del otro.)

Escúcheme usted, patrona!

BRUNO. Desoyendo usted mis ruegos...

MIGUEL. Engañándome usted hoy.

RAM. ¡Pero señores, que estoy

colocada entre dos fuegos!

BRUNO. Sabiendo que yo á pagar

ya me encontraba dispuesto

sin excusas ni pretexto!

MIGUEL. ¿Quiere usted dejarme hablar?

RAM. Jesucristo, y qué empujones!

BRUNO. Si usted contestarme excusa...

MIGUEL. Me parece que usted abusa,

señor de Torrelodones.

BRUNO. ¡Abusar!... ¡Valiente traza!

y en la calle, el deslenguado,

ni siquiera me ha dejado

con Emilio meter baza.

MIGUEL. Usted ha charlado por tres.

BRUNO. Rechazo la acusación.

MIGUEL. Calle usted, santo varón.

BRUNO. Que yo he charlado?... ¡Eso es!

MIGUEL. ¡Oh!... nos veremos las caras.

BRUNO. Si á don Miguel compromete,

verá...

BRUNO. Y á usted, quién la mete

en camisa de once varas?

MIGUEL. Yo á mi casa la llamé

porque así me convenía,

está usted?

BRUNO. Y yo á la mía.

- MIGUEL. Y para qué?
- BRUNO. ¿Para qué?...
Supongo que usted barrunta
que este es un asunto grave.
- MIGUEL. Lo sé bien.
- BRUNO. ¿Y si lo sabe,
entonces, ¿por qué pregunta?
¿A don Emilio Zurita
tengo afán por proteger?
- MIGUEL. Y por darle una mujer
en matrimonio.
- BRUNO. Me irrita.
Pues es verdad!
- MIGUEL. ¿Qué descaro!
Y usted mismo lo declara?
- BRUNO. Usted prefiere que Clara...
RAM. (Vamos, ya voy viendo claro!)
- MIGUEL. Hace cerca de diez meses
que su amor la declaró.
- BRUNO. Sí, y usted le desahució
al verle lleno de ingleses.
- MIGUEL. Pero hoy su pasión protejo
y olvido antiguos agravios!
- BRUNO. ¿Qué inconsecuencia!
- MIGUEL. De sabios
es el mudar de consejo!
- BRUNO. Antes que á Clara ofreciera
su amor y ardiente fe,
amó á Clotilde!
- MIGUEL. Y usted
le arrojó por la escalera!
- BRUNO. Ese es un asunto viejo.
- MIGUEL. No envejecen los agravios!
- BRUNO. Y qué quiere usted, de sabios
es el mudar de consejo!
Su máxima me electriza.
- RAM. Señores, esto es un lío.
- BRUNO. ¡Usted calla!
- MIGUEL. (Yo á este tío
le sacudo una paliza!)
- BRUNO. Yo soy el que manda aquí,
y en síntesis, en resumen...

- MIGUEL. Tiene usted poco cacumen para desbancarme á mí!
- BRUNO. Yo tengo un criterio recto, y en lo futuro yo haré...
- MIGUEL. Ese futuro de usted es un futuro imperfecto.
- BRUNO. No es fácil que usted consiga...
- MIGUEL. Usted vive equivocado.
- BRUNO. Yo tengo el trigo sembrado!
- MIGUEL. Yo ya le tengo en espiga!
- BRUNO. Si usted con pruebas no abona...
- RAM. Aquí presiento un desastre.
- MIGUEL. Yo le he pagado á su sastre!
- BRUNO. Yo he pagado á su patrona!
- MIGUEL. Á fe de Miguel Betanzos, que aquí traje las facturas; ¡Treinta duros en costuras!
- BRUNO. Yo treinta y cinco en garbanzos!
- MIGUEL. Está bien.
- RAM. (No pierden ripio!)
- BRUNO. Usted al cabo cederá.
- MIGUEL. Hoy voy á comprarle un frac!
- BRUNO. Auméntele usted un principio!
- RAM. Bien.
- MIGUEL. Don Bruno...
- BRUNO. Don Miguel...
- MIGUEL. Esa furia no me aterra!
- BRUNO. Tendremos guerra!
- MIGUEL. Pues guerra!
- BRUNO. Y sin cuartel.
- MIGUEL. Sin cuartel.
- BRUNO. Usted no pare en pelillós,
- MIGUEL. Tome usted estos cinco duros para comprarle pitillos.
- BRUNO. Con ese alarde ruin...
- RAM. Al prodigar sus mercedes, yo quiero saber si ustedes hacen esto con buen fin?
- MIGUEL. ¡Patrona!
- RAM. Ó tratan quizás de comprometerle?
- BRUNO. ¿Quién!

RAM. Metiéndole en un belén.

MIGUEL. ¡Doña Ramona!...

RAM. No hay más!

Aquí se juega un albur
pesado entre ustedes dos,
y él es un ángel de Dios.

MIGUEL. Vaya usted al infierno. (Medio mutist.)

BRUNO. ¡Abur! (ta.)

MIGUEL. Cuanto le digo haga usted.

BRUNO. Siga usted mi plan.

MIGUEL. Reniegó.

BRUNO. Y hasta despues.

MIGUEL. Hasta luego.

BRUNO. Yo no tardo.

MIGUEL. Volveré.

RAM. Es decir, que ustedes dos...

BRUNO. Yo no cedo.

MIGUEL. Yo tampoco.

(Aparece Emilio por la derecha.)

BRUNO. ¡Él! (Viéndole y corriendo a él.)

EMILIO. ¡Me van a volver loco!

MIGUEL. ¡Don Emilio! (Avanzando corriendo hacia él.)

EMILIO. ¡Vive Dios!

ESCENA XII.

DICHOS Y DON EMILIO.

MIGUEL. Dispense usted el arrebató.

BRUNO. Perdóne usted, caballero.

EMILIO. Concluyamos de una vez.

MIGUEL. Yo quisiera.

BRUNO. Yo deseo.

EMILIO. He resuelto, amigos míos;

que aquí termine este enredo;

yo su protección rechazo;

yo sus dádivas no acepto;

y he dicho, y lárguense ustedes.

MIGUEL. Un momentito.

BRUNO. Un momento.

(Inés aparece en la puerta del foro, y se queda allí
oyendo el diálogo hasta su entrada.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS e INÉS.

BRUNO. Yo vengo á ofrecerle á usted la mano de...

RAM. (Deh mortero!)

BRUNO. De Clotilde.

EMILIO. Muchas gracias!

MIGUEL. Yo la de Clara.

EMILIO. No puedo.

BRUNO. Diga usted por qué!

MIGUEL. Por qué?

INÉS. (Avanzando.) Yo lo diré, caballeros.

Está ya comprometido.

BRUNO. Con quién?

EMILIO. Con ella!

INÉS. Es lo cierto!

Yo soy la elegida!

MIGUEL. Usted!

RAM. Me alegro!

MIGUEL. Cuánto lo siento!

BRUNO. Pues hace usted un negocio...

INÉS. ¿Un negocio?

EMILIO. No comprendo.

MIGUEL. Don Emilio es millonario.

EMILIO. ¿Que yo?...

BRUNO. Rico como Cresol.

INÉS. ¿Cómo!

MIGUEL. Un pariente lejano,

que murió hace siglo y medio,

por un extraño capricho

le ha nombrado su heredero.

BRUNO. Tiene en el Banco de Lóndres,

trescientos millones!

RAM. ¿Cuernol!

MIGUEL. (Sacando el periódico.)

Aquí *La Correspondencia*

lo especifica en un suelto.

(Leyendo.) «Rectificando la noticia que ayer

«dimos referente á la herencia depositada

»por un español en el Banco de Londres,
»debemos hacer constar que el apellido de
»aqueel señor, es Naba, en vez de Navas,
»como se nos había dicho; hacemos esta
»aclaración, para los que, creyéndose con
»derecho... etc., etc.»
Es Naba, con b.

EMILIO.

Ya caigo!

Sin duda ustedes creyeron... (Riendo.)

BRUNO.

Usted es Naba con b!

RAM.

Vamos!..

EMILIO.

Ahora lo comprendo...

MIGUEL.

Estas tarjetas de usted

no admiten duda. (Sacando más.)

BRUNO.

(Sacando otras.) En efecto,

«Zurita y Naba»

INES.

Es verdad.

EMILIO.

Pero eso no está bien puesto.

Yo soy Navas.

MIGUEL.

¡Navas?

BRUNO.

¡Navas!

EMILIO.

Con ese y v!

RAM.

Qué camelo!

MIGUEL.

(Poniéndose el sombrero y dirigiéndose al foro.)

Dispense usted.

EMILIO.

(Id.) Dispensado!

INES.

Qué memoria! ahora recuerdo
que hallé al subir á buscarte,
un hombre bastante feo
preguntando con afán
por tu vivienda al portero:
el tal era portador
para tí...

EMILIO.

De qué?

INES.

De un pliego
que yo recogí.

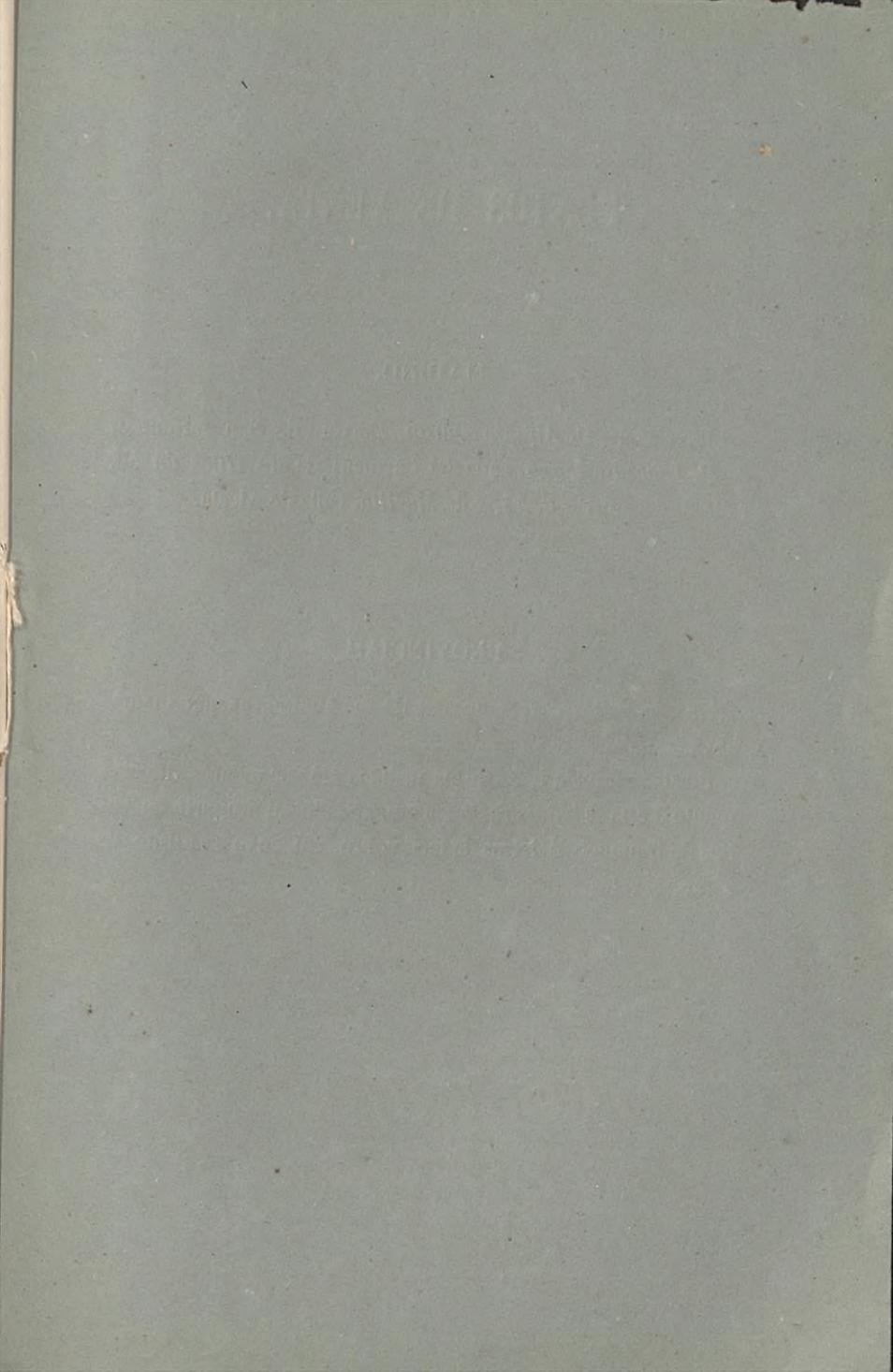
EMILIO.

Veamos.

(Leyendo.) «El gobierno...» ¡ya era hora!
»ha tenido á bien...» ¡soberbio!
»nombrar á usted auxiliar
»de la clase de terceros,
»con el haber...» ¡Oh fortuna!

de tres mil pesetas.»
 RAM. ¡Cuerno!
 EMILIO. No quite usted el principio! (A Ramona.)
 Mañana al registro. (A Inés.)
 INÉS. Bueno.
 MIGUEL. Hombre, sea enhorabuena!
 BRUNO. Repito...
 EMILIO. Gracias.
 RAM. Me alegro.
 BRUNO. Buenos días!
 MIGUEL. Muy felices.
 EMILIO. (Deteniéndoles.) Un instante, caballeros.
 (Al público.) Su fiera persecucion
 contemplo al fin terminada;
 ántes que caiga el telon,
 dales tú la absolucion
 al compás de una palmada! (Telon.)

FIN DEL JUGUETE



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Carmen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.